



PRIMERA PARTE.

EL ESCLAVO DE SU ESCLAVA,
Y HACER BIEN NUNCA SE PIERDE.

A Vos, sagrada María
de la Asuncion, que abogada
sois en todos mis peligros,
librándome de desgracia,
pido favor humillado,
y á vuestra proteccion clama
mi número, porque se escriban
en anales de la fama
tus prodigiosos milagros,
que al cristiano lo amparas.
En el reino saletino,
que al presente rige y manda
Osman Ali, á quien los moros
brazo de Mahoma llaman,

y del cual su hija Dalifa
es el centro, erario y ara,
que el bárbaro rey en ella
vinció a sus esperanzas,
sucedió el presente caso,
segun mi pluma declara.
Un dia que esta Princesa
salió con todas sus damas
á pasear sus jardines,
fuentes, estanques y estancias,
cuando la noche tendia
cortinas enmarañadas,
vistiendo de negras sombras
esa mansion estrellada,



unos fuertes armadores,
que de los mares de España
á las playas berberiscas
en su corso bordeaban,
por ver las puertas abiertas,
que descuidaron las guardias,
valiéndose del silencio,
prendieron á la Otomana;
la que á voces repetia:
traicion, con voz muy blanda.
Prontos la llevan á bordo,
y al punto levando anclas,
á vela y remo se entregan
á la espumosa campaña.
A los llantos de Dalifa
recordó toda la guardia:
y á Mahomet le dieron parte,
que de general se hallaba,
del robo de la Princesa;
y él orgulloso se embarca
en su capitana, y vuela,
por si puede darles caza.
Cuando Osman la nueva supo
que su Dalifa faltaba,
brama como fiera herida,
ó leona á quien le falta
el cachorrillo en la cueva;
y por su alcorán juraba
pasar á cuchillo á todos
los que en el jardín estaban.
Mas, prudente un moro anciano
suplicó se sosegara,
porque el general Mahomet
salió con toda su escuadra
para remediar el daño,
y castigar tanta infamia.
Templóse el bárbaro rey
á las sagaces palabras:
amaneció el otro día,
y oyendo pieza de salva,

mandó Osman saber la nueva,
al mismo tiempo que entraba
Mahomet por el palacio,
el que echándose á sus plantas,
haciale la zalá.
Y Osman le dijo: levanta,
y dime de mi Dalifa
la fortuna ó la desgracia.
Respondió Mahomet: señor,
salí pronto con mi escuadra
á rescatar á la Princesa
de la española arrogancia;
pero enojados los vientos,
en uracanes se enlazan,
brama el mar en ondas crespas,
y en la furiosa borrasca
el piloto desalienta,
y el marinero desmaya;
por lo que me volví al puerto.
Pero os prometo, Monarca,
no volver á vuestra vista,
sin que mi brazo y mi espada,
á pesar de los cristianos,
dé á Dalifa rescatada.
Osman jura por Mahoma,
y Meca, su grande casa,
que si á Salé la conduce,
logrará su mano blanca.
Doblemos aqui la hoja,
para otra vez desdoblarla.
En la ilustre Barcelona,
taller de valor y armas,
vivía don Juan Rosel,
caballero de gran fama,
y de caudal muy crecido,
como solariega casa:
este tenía una hija,
á quien Violante llamaban,
y un hijo, que es don Rodrigo,
muy valiente por la espada,

en sus acciones piadoso,
y cortés en sus palabras.
A este le entregó su padre
crecida porción de plata,
porque con el uso de ella
el caudal adelantara.
Y una mañana que el jóven
salió temprano de casa,
reparando un gran bullicio
á la puerta de una casa,
curiosamente se arrima
á ver de qué dimanaba;
y uno que estaba allí, dijo:
ha muerto don Juan de Guardia,
ni para pagar á tantas
deudas que en la ciudad deja.
Y con la piedad cristiana
que le asiste á don Rodrigo,
doce mil pesos dejaba,
con que el funeral hicieron,
y á los acreedores pagan:
limosna que aceptó Dios,
y supo remunerarla,
como se verá en los fines
de aquesta historia tan rara.
Retiróse don Rodrigo,
y al muelle la vuelta daba,
donde estaba puesta en venta
nuestra Dalifa nombrada.
O poderosos juicios
de la Deidad soberana!
la que esclavos mil tenia,
hoy viene á mirarse esclava.
Era la noble cautiva
breve compendio de gracias,
pues Palas, Minerva y Juno
cuando la vió don Rodrigo,
quedó esclavo de la Esclava,

porque el amor no da tiempo
al arco, flechas y aljava.
Preguntó cuánto valia,
y una cantidad muy alta
pidieron por la cautiva;
y sin detenerse en nada,
la dió al punto don Rodrigo,
y se la llevó á su casa.
Desdóblo ahora la hoja,
que antes dejamos doblada.
Mahomet con sus javeques
pronto partió para España,
y llegando á Barcelona,
vistió á la española usanza,
hablando muy bien la lengua
castellana y catalana,
que el trato con los cautivos
le fue escuela cortesana.
Paseando la marina,
llegó á tiempo que la hermana
de don Rodrigo, Violante,
dos bárbaros con infamia
quitar su honor pretendian,
y al ver accion tan villana,
la sangre del noble Moro
su pecho piadoso exalta;
y echando mano al acero,
partió á ellos como á bala:
los que salieron huyendo,
al ver accion tan hidalga.
Y Violante agradecida
preguntóle nombre y patria,
y fingiendo él uno y otro,
respondió pronto á la dama:
mi nombre es don Juan Osorio,
y mi patria es Salamanca.
Sirviéndola cortesmente,
acompañóla á su casa,
y entrándola hasta su cuarto,
vido que su padre entraba,

y mandó que se escondiese
en una contigua sala.
A este tiempo don Rodrigo
entró ufano con la Esclava,
y por dá liva la ofrece
al servicio de su hermana.
Agradeciólo, y el padre
dijo: bueno será herrarla,
no arrastre con su hermosura
alguna sangre cristiana.
Lloró Dalifa, que allí
nombre de Luna tomaba:
fuese el padre y el hermano,
y Violante á Luna manda,
que le tragese una luz.
Don Juan fingido repara
en la Esclava, y reconoce
ser la prenda que buscaba,
y se fue de casa al punto,
pensando como robarla.
Una noche que Dalifa
rendida al sueño se hallaba
vido en sueños la paloma
cándida, pura é intacta,
á María nuestra Reina,
que de esta suerte le habla:
querida hija Dalifa,
deja la secta otomana,
sigue la ley de mi Hijo,
que es la verdadera y santa.
Siendo de aquesta manera
varias veces avisada;
un dia que don Rodrigo
fino su amor le espresaba,
le dió noticia del sueño,
y él le dijo: hazte cristiana,
que si me igualas en sangre,
te doy la mano y palabra,
que seré, Luna, tu esposo.
Eila que de honor preciaba,

le dijo que era Princesa,
y heredera de su casa.
Y al darse finos las manos,
su padre don Juan entraba,
y viendo de que su hijo
daba la mano á su Esclava,
arrojándolo en el suelo,
un bruñido puñal saca
para quitarle la vida,
pero Violante, su hermana,
detuvo el bruñido acero,
pidiendo lo perdonara.
Mas don Juan Rosel responde:
quien hace accion tan villana,
no puede tener mi sangre;
y así váyase de casa,
que cuando yo lo reciba,
á mil cautiverios vaya.
Fuése al punto don Rodrigo,
suplicándole á su hermana,
que le permitiese á Luna,
hablarle por la ventana.
Fue por el Cura al instante,
que á la Mora bautizara:
salió á la reja Dalifa,
adonde se le echó el agua,
y por nombre el de María
ha recibido en la gracia.
Desposóse al fin con ella,
y al mismo tiempo la saca,
llevándosela á una quinta,
que estaba de allí inmediata,
y á las orillas del mar.
Dejemos en esta plana
casados los dos amantes,
y al Rey que la dicha aguarda
de ver viva á la Princesa,
que en otra parte acabada
dará el Poeta la historia,
como perdonen sus faltas.

SEGUNDA PARTE.

DEL ESCLAVO DE SU ESCLAVA.

Ya dije en la primer parte,
 como contentos quedaban
 doña Miria y su esposo,
 fuera la ciudad y casa,
 en una espaciosa quinta,
 que del mar está inmediata:
 volvamos á Mahomet,
 el cual don Juan se nombraba,
 que deseando cobrar
 á su Princesa robada
 de casa don Juan Rosel,
 donde servia de Esclava,
 por ignorar la noticia
 de ser cristiana y casada
 con el noble don Rodrigo,
 él en amor continuaba
 con la hermosa Violante,
 dándole mano y palabra
 de que sería su esposo,
 todo con el fin y traza
 de libertar á Dalifa,
 y á Violante hacer esclava.
 Confiada la señora
 de don Juan y su palabra,
 le dió una noche la llave,
 porque en el jardin le hablara.
 Con espresiones corteses
 rindiendo don Juan las gracias
 parte pronto á la marina,
 y en una secreta cala,
 donde dejó sus javeques,
 Mahomet cuenta les daba,
 á los soldados y Arraez,
 que la escuadra comandaba.

Y cuando el hermoso Febo
 en el cenit se ocultaba,
 de los mas valientes moros
 seis Mahomet se llevaba,
 que ayudasen á su empresa
 atrevida y temeraria.
 Con precaucion y cuidado
 siguió la perra canalla:
 abrió la puerta y entraron
 en el jardin de la dama,
 y ella que gustosa espera,
 con su infortunio encontraba,
 pues discurriendo que era
 Dalifa, prontos la agarran,
 y con paso acelerado
 á su nave caminaban.
 Dice al fingido don Juan
 Violante determinada:
 no es accion de caballero
 el sacarme de mi casa,
 señor don Juan, de esta suerte.
 Y él con la voz levantada
 le dijo: no soy don Juan,
 que soy de ley mahometana,
 y mi nombre es Mahomet,
 que te llevo á ser esclava.
 Aquella Elena, aquel ángel,
 aquella Palas cristiana,
 estremeciendo sus carnes,
 en tiernos suspiros daba
 sentimientos á los mares;
 y eran sus lágrimas tantas,
 que acrecentaron sus ojos
 los raudales de las aguas.

Mandó Mahomet la llevasen
de su rey á ser esclava,
y que en breve iria él
tambien con su prenda amada.
Entre zambros y alborozos
parte la fiera canalla
para Salé. Y volvió ahora
á Mahomet, á quien su ansia
trajo pronto á Barcelona,
y hallando la puerta franca
del jardin, entró por ella,
y don Juan Rosel que estaba
noticioso ya del robo,
viendo gente recatada
ocultarse entre los mirtos,
tiró pronto de la espada,
y ellos puestos en defensa,
usando sus cimitarras,
valerosos se defienden;
y Mahomet con mucha audacia,
temiendo ser descubierto,
apeló á la retirada,
y por ser la noche obscura,
perdió don Juan sus pisadas.
Mas un moro que dejaron
de espía allá en la muralla,
dijo, como habia oido
á unos hombres que pasaban,
de que la mora Dalifa
se habia vuelto Cristiana,
y que se habia casado
con un hombre de importancia,
y en una quinta vivia,
que allí en la marina estaba.
Y Mahomet con esta nueva,
atravesando la playa,
descubrió la hermosa quinta,
y sin reparar en nada,
hasta lo interior se entra,
y encontró en la primer sala

sola á la hermosa Dalifa,
María denominada.
Todos los moros la cercan,
y fuertemente la agarran;
ella dice: ingratos, viles,
dejadme, que soy Cristiana.
Ay mi esposo don Rodrigo,
qué grande pesar te aguarda,
cuando te halles sin tu esposa
que fina te adora y ama!
Dieron con ella en la nave,
y á Salé toman la marcha.
Dejemos las dos que van
contra su gusto apresadas,
y volvamos á hijo y padre,
que el mismo dolor los llama
á entregarse al precipicio,
pues sabiendo que llevaban
á su muger y á Violante,
como dos fieras pisadas
van por poder socorrerlas.
Mas por quedar de la escuadra
de Mahomet dos javeques,
y setenta hombres de armas,
á hijo y padre cautivaron,
y la maldicion echada
la miró don Juan cumplida,
mas no pudo remediaria.
Dejemos á los cautivos
caminando por las aguas,
y pasemos á Salé,
á donde llegó la escuadra
de Mahomet que iba delante,
y á la Princesa llevaba.
Hicieron la salva real,
y al Rey noticia le daban,
como á su hija Dalifa
la tenia ya en la playa.
Salió el Rey con la nobleza,
y tiernamente la abraza.

demostrando en su alborozo
tierno amor á su hija amada.
Con una opulenta pompa
de la moravita usanza
llevaron á la Princesa
hasta su real alcázar;
y tanto triunfo sentia
la convertida Cristiana.
Hubo saraos y fiestas,
asambleas y algazaras,
y antes que el cuarto blandon
sus luces las ocultara,
llegaron tambien al puerto
lo restante de la escuadra,
que llevaban á Violante,
y los que tiernos lloraban,
su padre y querido hermano,
á los que esposados sacan
con los grilletes al pie,
y argollas en sus gargantas.
A palacio los conducen,
al Rey se los presentaban,
y mandó que á la Princesa
en víctima los llevaran.
Cuando á su presencia llegan,
rendidos se le postraban:
mira el esposo á la esposa,
mira el hermano á la hermana,
el padre mira á sus hijos:
y solo lágrimas hablan
ternezas del corazon,
que al fiero dolor atada
la pronunciacion tenian,
viendo fortuna tan varia.
Mas la Princesa María
con amor así les habla:
no sintais el cautiverio,
pues sabeis que soy Cristiana;
dame los brazos, Rodrigo,
eposó mio del alma.

Y en tiernas demostraciones,
aunque con penas mezcladas,
bebieron los dos amantes
el veneno y la triaca.

Dijo María á Violante:
querida y amada hermana,
no vienes á ser cautiva,
sino á ser de mí estimada,
y con el tiempo tendremos
la libertad deseada.

A don Juan, que era ya anciano,
y en su llanto se anegaba,
dió los brazos la Princesa,
y con tierno amor le habla,
diciendo: padre querido,
no sienta aqui su desgracia,
porque en mí tiene una hija,
que mira por esas canas,
y como padre lo adora.

Yo os doy mi mano y palabra,
que antes de muy pocos dias
iremos todos á España,
para celebrar las bodas,
que en mí fueron tan infaustas.
Estando en este coloquio
de amorosas eficacias,
Mahomet que la accion vido,
del corvo al fange tiraba,
y arrojado al gavinete
donde la Princesa estaba,
lleno de cólera y celos,
matar los cautivos trata.

Don Juan se pone en defensa,
y con sus fuerzas cansadas
se cayó á los pies del Moro.

Don Rodrigo que miraba
la desgracia de su padre,
con el amor que le inflama
su tierno y filial cariño,
le quitó á Mahomet el arma.

Entró el Rey en este tiempo,
 y por su delito manda
 los lleven á una mazmorra,
 para que en pública plaza
 mueran los dos empalados,
 y los llevaron los guardas.
 Por no dilatar la historia,
 vamos á que antes del alva
 vieron los dos prisioneros
 como una luz se mostraba
 al fin de aquella mazmorra,
 por entre unas rotas tablas:
 tiraron de ellas, y vieron
 una cueva subterránea,
 y con un hachon de tea
 un hombre se encaminaba
 hácia ellos, y les dijo:
 mi piedad noble y cristiana
 viene á daros libertad,
 sin temer riesgo ó desgracia.
 Don Rodrigo le responde:
 sino va mi esposa amada,
 tambien mi hermana Violante,
 morir quiero en la demanda.
 Pues venid á la marina,
 donde contentas aguardan.
 Entraron por una cueva
 funesta, lóbrega y larga,
 y salieron á la orilla,
 donde su esposa y su hermana
 abrazan los prisioneros.
 Y aquel que los comboyaba,
 dijo que cuánto ofrecia
 si en libertad los dejaba?
 Y respondió don Rodrigo:
 que señalase él la paga.
 El cual dijo luego al punto:
 tu prenda mas estimada.
 Yo consiento en lo que dices,
 don Rodrigo replicaba;

y engolfándose la nave,
 en breve tiempo se hallan
 en las playas de su tierra.
 El hombre pide la paga;
 y don Rodrigo le dice:
 yo te daré el oro y plata,
 y las joyas de mas precio
 que tengo en toda mi casa.
 Y aquel que no conocian,
 le replicó con instancia:
 eso es lo que mas estimas?
 El rostro se le inmutaba
 á don Rodrigo, y le dice:
 despues de mi esposa amada,
 eso es lo que mas estimo.
 Pues tu esposa sea paga.
 Quedó en confusion muy grande
 al oir tales palabras.
 Viendo yerto á don Rodrigo,
 el marinero le habla,
 diciendo: yo soy aquel
 difunto, que por tu causa
 se le dió la sepultura,
 y pagaste deudas tantas,
 que por mandado de Dios
 vine á dar eso por paga;
 que hacer bien por los difuntos
 es cosa que á Dios agrada.
 Al ver esta maravilla,
 gustosa Violante trata
 morir en un monasterio,
 rindiéndole á Dios las gracias,
 y á la soberana Virgen
 de la Asuncion celebrada,
 á quien humildes pidamos,
 remedie nuestras desgracias.
 Don Rodrigo con su esposa
 le rinden mil alabanzas,
 y con júbilo y contento
 quedan en su noble patria.